

Desafío a duelo



Cecè Caruana era un treintañero que en invierno trabajaba de albañil y en verano vendía helados por todo el pueblo y de playa en playa.

Más que un albañil de esos que construyen casas, Cecè era un chapuzas solitario, es decir, las familias lo llamaban para trabajos de poca monta, apaños, como arreglar los canalones que había desmontado el viento y ahora no recogían el agua, o cambiar un trozo de pared caído, o darle una pasada de blanco a una habitación.

Del uno de julio al treinta y uno de agosto, esto es, mientras la gente está en la playa, Cecè dejaba de hacer de albañil y pasaba a ser heladero. Se ponía un delantal blanco, una caperuza también blanca y se ponía a vender por las calles helados que fabricaba él mismo, siempre y solo con estos sabores: granizado de limón y café; crema y chocolate.

Se había hecho en Palermo con el carromato adecuado, montado sobre dos ruedas algo más grandes que las de una bicicleta. El carrito tenía la forma de una barca cortada por la mitad. En la proa tenía los dos bidones de helado con los bloques de hielo alrededor para evitar que se derritieran.

De los dos bidones salían de la borda de la barca solo las dos tapaderas, que tenían forma de turbante.

La barca no tenía popa, y en su lugar había dos largas barras de metal. Cecè se las ponía bajo las axilas, las levantaba y empujaba el carrito, que temblaba cuando estaba parado y apoyado en dos patas de metal.

En aquella época, los cafés de Vigàta no tenían todavía la costumbre de vender granizados o helados para llevar, por eso Cecè, que daba vueltas y vueltas y el helado lo hacía bueno, se ganaba lo suyo.

A primera hora tenía ya los dos bidones llenos de dos tipos de granizado, de limón y de café. Era el helado preferido por la gente pobre que vivía en los cobertizos o en las casetas de ciertas calles que parecían una casba.

A los pobres, a menudo y gracias, un granizado con un poco de pan les servía como comida para todo el día.

A las diez de la mañana, en cambio, los dos bidones los llenaba uno de crema y el otro de chocolate, y Cecè se iba a la playa, donde se encontraba ya con los primeros bañistas.

La playa estaba dividida en dos zonas.

Una estaba reservada a los que pagaban para entrar en la zona privada, que naturalmente se llamaba Neptuno, con cuarenta cabinas alineadas en fila en la parte más seca de la arena; la otra zona era de baño libre y podía ir quien quisiera sin pagar un céntimo. En esta se reunían los que no tenían una lira o la gente que venía de los pueblos de al lado y que casi seguro que no había visto antes el mar.

Cecè tenía acceso a las dos playas, la de los ricos y la de los pobretones.

El cucurucho de helado, en aquella época, no había sido inventado.

El heladero utilizaba la maquinilla, que tenía una empuñadura en la que habían enroscado un cilindro de metal, abierto por la parte de arriba. De la parte de abajo del cilindro salía una leva pequeña que servía para levantar o bajar el fondo.

Cecè cogía una galleta delgada y redonda, como una hostia, y con la paleta ponía encima el helado, que cubría con otra hostia. Había tres precios.

Diez céntimos quería decir que el fondo del cilindro había sido levantado hasta arriba y había dejado poco espacio entre hostia y hostia; quince quería decir que el cilindro había llegado a mitad; y veinte era el helado más grande, cuando el fondo llegaba hasta el fondo.

Más grande era el helado, más difícil era comérselo, porque apenas le habías dado dos muesos se te escapaba por todas partes y las dos hostias, la de arriba y la de abajo, no podían retenerlo.

La mitad de los helados grandes estaba destinada a acabar en la arena.

Pero para Cecè esto era estupendo, porque los críos se echaban a llorar y querían enseguida otro.

Mientras empujaba el carrito, Cecè cantaba:

—Recréense con el helado de Cecè, el helado de Cecè os hará olvidar el calor. Créense con el helado de Cecè, que tiene que mantener a dos mujeres.

«¿Y por qué tiene que mantener a dos mujeres?», se preguntaban los bañistas forasteros.

Y los pocos bañistas de Vigàta que sabían la historia se la contaban.

Entre los trece y los veintiséis años, Cecè trabajó primero como aprendiz de albañil y luego como albañil por su cuenta

sin poder casarse, que sobre sus espaldas recaía procurar por el padre, a quien le cortaron las piernas por culpa de un accidente, y por la madre, a la fuerza ama de casa por cuanto debía cuidar del marido.

Muertos los dos en poco más de un año, y observados los doce meses de luto reglamentario, Cecè empezó a pensar en lo de matrimoniarse.

Había hablado por ahí con dos viejas que como oficio tenían el de rufianas.

Quería una joven buena, mujer de su casa como su madre. En cambio, un día de septiembre de mil y novecientos y treinta y cinco, llamado que fue a casa de Fofò Pillitteri para reparar un tejado, tuvo la desgracia de encontrarse con la hija de este, Sisina.

Era una joven guapa de verdad, dieciocho años, siempre arreglada, siempre elegante. El pueblo entero se sorprendió cuando Sisina dijo sí enseguida a Cecè, quien apenas la vio se enamoró como un loco.

¿Cómo es posible? ¿Por qué una chavala guapa guapa, que seguro que podría haberse hecho con los mozos más ricos del pueblo, va y se casa, deprisa y corriendo, con un muerto de hambre?

Misterio profundo.

Cecè y Sisina fueron a vivir a una casa del padre de la joven y tuvieron un hijo a los siete meses del día de la boda, aunque murió seis días después de nacer.

Y se desencadenaron las habladurías.

Decían que Sisina quiso casarse con prisas porque estaba preñada de otro. Y hay quien sabía el nombre de este otro: el médico comunal Arcangilo Foti.

La proclama no tardó en llegar a oídos de Cecè, que no quiso creerla de ninguna manera.

Es más, para mejor contentar a Sisina y procurarle las cosas que le gustaban, ideó meterse a heladero.

Un año después de la boda, Sisina empezó a decir que no se encontraba bien. No es que tuviera la fiebre y no tuviera apetito, tenía solo un gran dolor de cabeza, que la asaltaba siempre por la noche después de cenar y duraba hasta altas horas de la madrugada.

Así, por muchas ganas que tuviera, no le apetecía, cobarde, hacer la cosa con el marido.

Cecè, que adoraba a Sisina, la convenció entonces para que el doctor le hiciera un reconocimiento.

Cuando volvió de la primera visita, que duró casi dos horas, Sisina le dijo al marido que el doctor, con el ponerle grandes emplastes en la cabeza, le había quitado los dolores.

—Tengo que ir una vez por semana, pero como la visita es larga, me ha dicho que vaya al ambulatorio los jueves por la tarde, después de las siete, cuando cierran.

Llevaban tres meses con las curas cuando, una noche, Sisina, permitió al marido hacer la cosa.

Y no solo una vez, pues había que hacer cuentas con el retraso que llevaba Cecè.

—¿Ves lo bien que me mejora el tratamiento?

Cecè se alegró lo suyo.

Un jueves por la tarde, a pesar de que todo el día había llovido y soplado un viento que para qué, Sisina estaba lista a las siete menos cuarto.

—Pero ¿dónde vas con este tiempo?

—¿No sabes dónde voy? El doctor me dijo que, si salto un solo emplaste, uno solo, todo el beneficio de los tratamientos anteriores se pierde.

—Coge al menos el paraguas.

—De acuerdo, pero no te preocupes, que son solo diez minutos de paseo.

Veinte minutos después, se desencadenó el fin del mundo.

Cayó una tormenta terrible y en cinco minutos arrancó tejados, tumbó árboles, hundió barcas, revolcó carros y automóviles.

Al poco, paró.

Diez minutos después, un *carabiniere* llamó a la puerta de Cecè. El tejado del cuartel debía ser reparado de inmediato, pues muchos canalones ya no estaban donde debían.

—Voy enseguida —dijo Cecè.

Como se trataba de un trabajo largo que quizá durara toda la noche, quiso advertir a Sisina y decirle que no se preocupara si, al volver de la visita, no lo encontraba en casa.

Cuando llegó al ambulatorio, vio que la puerta colgaba de los goznes, medio descerrajada.

Entró en el recibidor a oscuras, la bombilla no se encendía, pero de debajo de la puerta de la consulta se veía un hilo de luz.

Cecè oyó que su mujer se lamentaba. No le había dicho que los emplastes eran dolorosos. Al poco, los lamentos de Sisina fueron más fuertes. Entonces, preocupado, se puso a mirar por el ojo de la cerradura.

Su mujer estaba desnuda estirada en la camilla del doctor y encima de su mujer estaba el doctor, también desnudo.

Difícil justificar que se trataba de un emplaste.

Estaban tan concentrados en la cosa que no solo no oyeron llamar a la puerta, sino que era seguro que no se habían dado cuenta de la tormenta.

Cecè pensó que, si montaba un escándalo en aquellos momento y sitio, el pueblo iba a tener razón cuando lo llamara cornudo.

Mejor plantarse con siete.
Por eso se dio la vuelta y se fue a trabajar.

Volvió a casa que era de día.

Sisina le había preparado el desayuno.

—No tengo apetito.

Fue al dormitorio, cogió la ropa, la metió dentro de una maleta vieja.

—¿Te vas? —preguntó Sisina extrañada.

—Sí, vuelvo a casa y a ti no quiero volver a verte.

Tres meses después le llegó una carta del abogado.

Sisina lo había denunciado «por abandono del techo conyugal» y pretendía que le pasara una pensión.

Cecè perdió el juicio.

Y como en la época no existía el divorcio, Sisina, con la ley en la mano, continuó siendo su mujer.

Pasado un año, Cecè conoció a una viuda joven y sin hijos, llamada Assunta Cusumano.

Hicieron amistad, se gustaron y Cecè se la llevó a casa.

Por eso iba por ahí y se anunciaba como el que tenía que mantener dos mujeres, aunque ninguna de las dos lo era verdaderamente.



Pasaron unos seis meses y Sisina empezó a dejarse ver con un jovenzuelo sin arte ni parte que se llamaba Micheli, Micheli Filipello.

En este punto, Cecè fue a ver al abogado.

—¿Por qué tengo que seguir pagándole la pensión a Sisina?

—Porque resulta ser tu mujer todavía.

—Pero visto que tiene una conducta escandalosa...

—Y tú, ¿no convives con otra mujer?

—Pero yo no doy escándalo público.

—Causa perdida es, de antemano te lo digo.

Y así fue que Cecè tuvo que seguir manteniendo a dos mujeres.

El tres de julio de mil y novecientos y treinta y nueve, que desde hacía dos días (como era costumbre) Cecè se había puesto a vender helados, sucedió algo que causó habladurías en todo el pueblo.

Apareció en la playa otro carrito de helados. Era más moderno y más grande que el de Cecè.

Además, no era un carrito del helado de los de verdad, de los que se empujan con los brazos; era un triciclo.

El vendedor podía cambiar de sitio cómodamente sentado en el sillín, con dos pedaladas. Pero lo que de repente casi hizo desmayar de rabia a Cecè fue que el heladero era Micheli Filippello, el amante de Sisina.

Más que seguro que hubiera sido ella, grandísima pe-landusca, la que tuvo esta estupenda idea, solo para hacerle afrenta al dizque marido.

También Micheli anunciaba:

—¡Pillad el helado de Micheli! ¡El mejor helado del mundo! ¡Pillad el helado de Micheli, que tengo que mantener a la mujer de otro!

Las novedades, es cosa sabida, sorprenden.

En menos de quince días perdió Cecè la mitad de los clientes.

Micheli podía desplazarse más deprisa y por eso podía servir a un número mayor de clientes.

En menos de una semana, Cecè se hizo mandar de Palermo un triciclo igual idéntico al de Micheli.

Ahora tenían las mismas armas.

Podía comenzar el duelo.

Un buen día, Micheli se presentó con un megáfono de lata, por lo que sus anuncios se podían oír a gran distancia.

Cecè se presentó al día siguiente con un megáfono.

Lo mucho que gritaban ambos, pero sobre todo lo que decían al anunciarse, disgustaba la sensibilidad del *cavaleri* Antemio Pinna, presidente de la unión de padres de familia católicos, que mandó un escrito de protesta al podestá con indignación y mención expresa de que, sea Cecè sea Micheli, exaltaban públicamente el adulterio y el concubinato «por lo que minan las bases de los sagrados principios de la familia católica y fascista».

El escrito acababa dando tres días de tiempo al podestá «para poner fin a la provocación», que si no se debería ver obligado a recurrir a instancias superiores.

El podestá, que sabía lo muy tocapelotas que era el *cavaleri* Pinna cuando se le metía algo en la cabeza, mandó enseguida a un guardia urbano a la playa, y prohibió la publicidad en voz alta.

Pasados tres días, Micheli apareció con una trompeta. No se anunciaba a gritos, pero daba tres trompetazos tan potentes que se oían a un kilómetro.

Entonces, Cecè, se agenció un tambor.

El jaleo que montaban era tal que el comendador Ballassarò Arcidiacono, juez en excedencia y presidente del círculo Orden y Legalidad, mandó un escrito de protesta al podestá acusando a aquellos dos de «insoponible disturbio de la paz pública».

Se presentó un guardia y secuestró la trompeta y el tambor.

Entonces, Micheli se hizo clavar un palo alto alto del que ondeaba una bandera amarilla que se veía a una milla de distancia.

El día siguiente, Cecè hizo lo mismo, solo que el color de la bandera era rojo.

Y entonces intervino la capitanía del puerto.

Las dos banderas eran señales marítimas que podían llamar a equívoco.

El mismo guardia de siempre hizo retirar las banderas. Ese mismo día, el podestá mandó llamar a Cecè y a Micheli.

—O dejáis de tocarme las pelotas u os retiro el permiso de venta.

Luego, Cecè tuvo una idea ingeniosa. Mandó hacer al panadero un centenar de vasitos en forma de barca con la misma pasta que los *cannoli*: el helado lo servía dentro del vasito.

Así, no se perdía ni una gota, te podías comer el helado, aunque estuviera medio derretido. La invención tuvo tanto éxito que no volvió a utilizar las galletas con forma de hostia.

Micheli estuvo en un aprieto. Así, la temporada se cerró con uno a cero a favor de Cecè.

A comienzos de la temporada del año siguiente, que hacía menos de un mes que Mussolini había entrado en guerra, Cecè, mientras se encontraba en la playa de libre acceso, vio que se le acercaba don Cocò Zirafa.

—Dame un helado grande de crema.

Cecè se lo dio antes que a otros clientes que estaban en la cola, que no protestaron porque protestarle a don Cocò podía hacer bastante mal a la salud.

—¿Cuánto es?

—Nada, don Cocò, a mandar.

Don Cocò empezó a comerse el helado en pie, al lado del carrito. Luego, aprovechó que no había clientes cerca y dijo en voz baja:

—He de pedirte un favor.

—Lo que sea menester.

—Tú, luego, ¿vas a la playa de los ricos?

—Sí señor.

—¿Sabes quién es la señora Contino?

—Por supuesto.

¿Cómo era posible no saber quién era? Unos treinta y cinco, rubia, alta, triestina, la mujer del ingeniero jefe del Ayuntamiento, y buena clienta. Gustándole como le gustaban los helados, se zampaba tres al día.

—Cuando venga a comprarse el helado, dale esto.

Y le dio un papelito enrollado enrollado, tanto que parecía el cordón del zapato.

Cuando la señora Contino vino a por el primer helado de la mañana, Cecè le dio el papelito. Aquella lo cogió sin hacer preguntas y sin sorprenderse demasiado.

Hacia la una, la señora vino a por el tercer helado y dio a Cecè un papelito sin decir ni mu.

Cecè se lo entregó a don Cocò.

Y desde aquel día, todos los lunes, Cecè se puso a hacer de correo entre ambos.

Y como eran días de tanto calor que daba la impresión de estar en un horno, la gente se la pasaba en la playa, y entraba y salía del agua hasta que se iba el sol.

Cecè podía haber ganado todo lo que hubiera querido, pero con Micheli cerca cerca haciéndole la competencia, debía contentarse con lo justo y de a diario.

Todo por culpa de la grandísima pelandusca de su dizque mujer.

Él, antes de salir, le pedía a Assunta que le preparara un panecillo, bien con salchichón bien con un huevo frito, y cogía una botella de agua que se tenía al lado del bidón del helado para que se mantuviera fría.

Una mañana, mirando a Assunta, que le preparaba el panecillo, tuvo una idea genial. Y se la dijo inmediatamente a Assunta.

Cecè llegó a la playa con dos horas de retraso.

Llevaba colgado en el triciclo un cartelón que decía: «SE VENDEN BOCADILLOS Y AGUA FRESCA».

Los botellines eran los de cerveza, pero rellenos de agua y tenidos al lado del hielo.

Los bocadillos, envueltos por separado en papel de estraza, los tenía Cecè en una cajita de madera atada en la parte de atrás del sillín.

En menos de una hora vendió todos los bocadillos y el agua.

Micheli hizo lo mismo el día siguiente.

Entonces, el *cavaleri* Antonino Pusateri, jefe del servicio de recogida de impuestos, mandó un escrito de protesta al podestá en el que se afirmaba que Cecè y Micheli habían «cambiado y ampliado arbitrariamente la actividad empresarial para la que tenían permiso, por lo que se hacía imprescindible revisar las licencias concedidas por el Ayuntamiento a ambos, con el consiguiente aumento de impuestos».

La conclusión fue que el impuesto era tan alto que Cecè renunció a vender agua y bocadillos.

En cambio, Micheli pagó.

A Cecè se lo llevaban los demonios.

Con toda esa gente que llegaba medio muerta de los pueblos de los alrededores para echarse un baño podría haber hecho dinero.

En cambio...

Tres días después, Micheli no pudo vender más bocadillos ni agua. Le había sido retirado el permiso con efecto inmediato, solo podía vender helados.

Sucedió que don Pasqualino Privitera, propietario del baño Neptuno y cuya mujer era la amante de podestá, tuvo la buena idea de ponerse a vender él bocadillos y agua en una especie de bar montado dentro del recinto de los baños.

El podestá no pudo negarse.

Ahora, Cecè y Micheli combatían con las mismas armas.

Pero Cecè no podía digerirlo. Tenía que inventar algo para acabar con el adversario.

Y, finalmente, tuvo una idea.

Una mañana, los bañistas vieron aparecer a Cecè, pero por el agua. Al lado de la orilla llevaba una barca de remos con el escrito: «¡DISFRUTAD EL HELADO DE CECÈ EN EL AGUA! ¡REFRESCO DOBLE GARANTIZADO!».

La barca tenía un toldo de lona, el bidón con el helado iba a popa, dentro de un tonel de madera forrado de zinc y lleno de cubitos de hielo. A los remos, el sobrino de Cecè.

El éxito fue inmediato, tanto que la gente dejó de ir a lo de Micheli, que vendía poco o nada.

El podestá redobló el coste del permiso a Cecè, pero el gasto merecía la pena.

Una semana después, Micheli apareció con una lancha que cargaba hasta cinco bidoncillos de helado, con cinco gustos diferentes, y que se desplazaba más rápida que la barca de remos.

Quien salvó a Cecè de la quiebra fue capitania, que creyó «extraordinariamente peligrosa para la incolumidad de los bañistas las evoluciones de la lancha tan cerca de la orilla».

Para no quedar mal con nadie, el podestá revocó el permiso para vender helados dentro del agua.

Cecè y Micheli tuvieron que contentarse con el triciclo.

Entonces, Cecè se inventó el «helado a domicilio». Con el calor que hacía, la gente se lo pensaba bien antes de dejar la sombrilla o de alejarse del abrigo de las cabinas y arriesgarse hasta la orilla para pillarse el helado.

Por otro lado, Cecè debía estar por fuerza en la parte mojada de la arena, porque donde la arena estaba seca se hundían las ruedas del triciclo.

El sobrino de Cecè volaba por entre las sombrillas y las cabinas, apuntaba los pedidos y llevaba los helados a los clientes sin que estos hubieran de incomodarse.

Solo la señora Contino, y algunos críos, siguieron yendo a comprar personalmente el helado. Pero la señora tenía sus motivos.

No hace falta decir que, al día siguiente, Micheli copió la idea de Cecè.